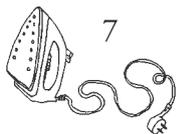


A las amas de casa,  
abuelas,  
madres,  
hijas,  
compañeras...



¡Por fin sola! Voy a poder ducharme sin que alguien abra un grifo y el agua cambie súbitamente de temperatura y, además, voy a depilarme sin tener que salir del baño a media operación porque alguien quiere lavarse los dientes. Todo sea que llamen a la puerta de la calle, que no es la primera vez que ocurre, y tenga que ir a abrir envuelta en ese albornoz del año de la cachipún, descolorido y con algún que otro hilo colgando. Un día de éstos me compraré uno nuevo, pero ya veremos, porque, la verdad, tampoco es que lo utilice demasiado. El último que compré hace un par de años se lo regalé a Mirari sin estrenar porque ella no tenía ninguno. Por cierto, que también le regalé un jersey de rayas horizontales que a ella le está de cine y a mí me hacía cuadrada.

Pues mira, pensándolo mejor, en vez de una ducha voy a tomar un baño y le voy a echar el contenido del



frasco que me regaló mi cuñada Lucía hace tropecientas navidades y que metí en el fondo del armario del cuarto de baño porque no hacía más que estorbar. De hecho tengo varios. A ver... dónde está... A veces pienso que me los regala porque alguien se los ha regalado a ella primero y no sabe qué hacer con ellos. Es muy persistente en su ecuación: Navidad igual a frasco de gel de baño. En fin, también yo le regalo lo mismo cada año: una poinsetia, de las pequeñas.

¿Qué, decido ducha o baño? Baño. Me lo merezco; me merezco un baño de espuma como esos que aparecen



en las películas, y no voy a poner velas encendidas porque es de día y porque tampoco tengo velas, ni sitio para colocarlas. Quedan muy bien en las películas, pero luego habrá que limpiar la cera que se queda pegada en las baldosas. Pondré música y cerraré los ojos. ¿Dónde diablos estará aquella casete de Joan Baez que tanto me gustaba? Da igual. Bob Dylan servirá. Y ahora, adentro.

¡Cielos! ¡Qué placer, qué pérdida de tiempo y... de agua! Pero, mira, un día es un día, y hoy es mi cumpleaños. A ver si así se me pasa el dolor de espalda.

Esto de levantarse de la cama con dolor de espalda es una lata; se supone que tendría que despertar fresca como una rosa. Tal vez sea el colchón, mejor dicho: los colchones, el original de nuestra cama y el que pusimos encima cuando quitamos la cama de Jon y no sabíamos qué hacer con el suyo. ¡Con eso de que Manu no tira nada porque todo puede ser útil en algún momento! Un día voy a tirarle esas cajas que tiene llenas de papeles. No sé para qué le vale guardar los recibos de la luz de hace treinta y tres años, y los de la renta del primer piso, y las placas que le hicieron cuando era niño...

A lo mejor me pasa a mí lo que a la princesa del cuento, aquella a la que la reina hizo dormir encima de doce colchones bajo los que había colocado un guisante para comprobar que era de sangre real y al día siguiente apareció llena de moratones. Aunque lo más probable es que se deba al acarreo durante años de la bolsa de la compra, de la botella del butano y los mil y un pesos que un día sí y otro también muevo de un lado para otro.

¿Qué edad tendrá Bob Dylan? Tiene que ser ya bastante viejo porque era mayor que yo cuando me emocionaba con sus canciones protesta en la década de 1960. Me las sabía todas de memoria. ¿Qué será de

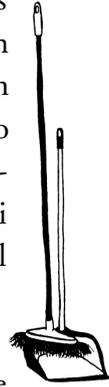


aquella guitarra vieja que aprendí a rascar? Treinta y tres..., treinta y tres... *Blowin' in the wiiiiind!* ¡Dios! ¡Qué años más estupendos! Claro que... ¿cómo no iban a ser estupendos si yo entonces tenía dieciséis o diecisiete años? Y aquella ropa..., vestidos hasta los tobillos, blusas indias, túnicas y pantalones de pata de elefante que, por cierto, vuelven a estar de moda. Qué pena haberme deshecho de los que tenía, aunque ¿qué tonterías estoy diciendo? ¡No me entrarían más allá de las rodillas! Yo no soy, aunque me encantaría, como Felimari, que se tiñe el pelo de colores chillones, lleva faldas largas y chalecos de flecos e incluso una vez me la encontré por la calle con calcetines de rayas de colores. Le tengo una envidia..., porque ella está a gusto consigo misma, no parece que vaya a cambiar y le importa un bledo lo que opine la gente.

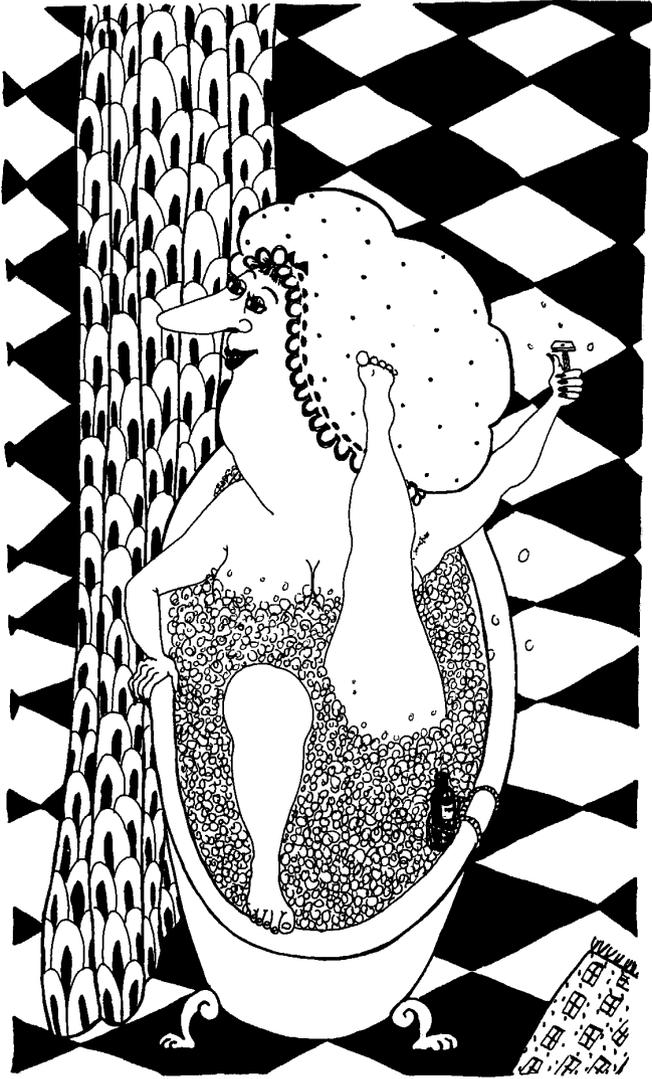
*Blowin' in the wiiiiind!* Haz el amor y no la guerra... El amor con reparos, claro, sin pasar de un beso de tornillo y de algún manoseo que otro en la oscuridad del portal, que era lo más a lo que se podía llegar cuando había que estar en casa a las diez en punto de la noche. Los chicos pusieron los ojos como cuadros el otro día, cuando les dije que había fumado algún que otro porro en mis años mozos. Se me quedaron mirando como si estuvieran viendo a un marciano. Y cómo



se rieron cuando les dije que yo también iba a las *manifas* y corría delante de los grises. ¡Se creerán que han inventado ellos el mundo! No pueden imaginarse joven a su madre y, sin embargo, lo fui y lo soy. No envejece el cuerpo, sino el espíritu, y el mío está en plena forma. Creo que ni siquiera se imaginan a sus padres haciendo el amor, aunque, a decir verdad, yo tampoco me imagino a los míos en sus buenos tiempos, pero ¡de algún sitio salí yo y de alguno han tenido que salir ellos! En fin, la juventud es una enfermedad que desaparece con los años, todo es cuestión de esperar a que se quiten los granos.



Bueno, voy a depilarme las piernas antes de que se quede el agua fría. Siempre he querido hacer como en los anuncios de la tele. Cojo la maquinilla, levanto la pierna por encima de la espuma y... ¡mierda! ¡Qué leche me he dado! Es que no lo he hecho bien. A lo mejor... si pongo el pie encima del borde de la bañera..., ¡mierda! Yo sí que voy a acabar como la princesa del guisante, pero ¡a golpes! Está visto que esto de hacer de modelo publicitario no es lo mío. Bueno, ya me depilaré después.



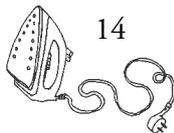
Voy a lavarme el pelo con este champú de «rosas silvestres» que lo deja brillante y le da volumen, a ver si funciona, aunque lo dudo. Si todo lo que anuncian fuera cierto, no habría por la calle más que mujeres de mi edad estupendas, delgadas, con melenas hasta la cintura y sin una arruga. «Utilice esta crema y su rostro volverá a recuperar la tersura de su juventud...» Y nos colocan a una jovencita sin chicha ni «limoná» para demostrarnos lo eficaz que es la susodicha crema, ¡como si todas las maduras fuéramos tontas de capirote! Es como esas películas que echan en la tele en las que aparecen unas ingenieras, unas médicas o unas abogadas que son la repera de listas y de guapas, mientras los tíos son viejos y fofos, excepto el protagonista, claro, que siempre es un cachas. Ya me gustaría a mí ver a la tía Elisa en el «antes» y el «después».



Qué guapa era... ¡Guapísima! Siempre tan bien vestida y tan bien peinada; con un cutis de geisha, perfecto. Sin embargo, nunca reía; todo lo más una sonrisa de vez en cuando. Según ama, era para que no le salieran arrugas. ¿Y de qué le ha servido? Hay que ver cómo está ahora la pobre, parece la momia de Tutankamón, con la cara llena de arrugas: en la frente,

en las mejillas, en la barbilla e incluso en la nariz. Es la única persona que conozco que tiene arrugas en la nariz y no se le van a quitar aunque se meta en una bañera llena de crema supermaravillosa, superguay, superrejuvenecedora de esas que anuncian en la tele.

Jabón, agua y aceite era la receta de la abuela para mantenerse joven, y también, creo yo, el optimismo, la risa a flor de los labios, la sonrisa que iluminaba su preciosa cara de abuela de cuentos, con una piel de melocotón que daba gusto besar. Igual que ama, que está estupenda y siempre dice que durante toda su vida ha procurado no mezclarse con gente envidiosa y no ha añorado nunca lo que otros tenían, ni se ha quejado por lo que no tenía. Ésa es la única receta mágica, dice, para estar guapa. Lo de la envidia es que es como la octava plaga de Egipto. Cuando era joven no me daba cuenta, aunque ama ya me decía que no me fiase de las que se llamaban amigas y aprovechaban la menor oportunidad para quitarte el novio. La verdad es que tampoco le di a nadie la oportunidad de quitarme al Manu... ¡Bien guardado que me lo tuve! Y ahí lo tengo, tan guapo, o casi, como cuando nos casamos. Ahora, sin embargo, veo, palpo la envidia y hago como ama, evito tratar con esas personas que nunca son felices porque siempre



anhelan lo que tienen los demás, aunque ellas posean mucho más.

¡Tengo espuma hasta en las cejas! Voy a quitar el tapón y a esperar a que se vaya el agua, y mientras, me aclararé con la ducha. ¡Vaya éxito! Para eso podría haberme evitado la molestia del baño espumoso. Creo que el teléfono está sonando... Será mi madre o mi suegra, que llaman para felicitar-me. Pues que vuelvan a llamar. No voy a salir así, desnuda y sin aclarar, porque voy a mojar todo el suelo.

¡Jobar! ¡Se ha acabado el agua caliente! ¡Maldita sea! ¡Mira que le dije ayer por la noche a Manu que cambiara la bombona! «Qué va. Tú siempre tan exagerada. Si todavía hay para unos días...» Pero, por si acaso, él sí se ha duchado con agua caliente. A ver cuándo nos ponen el gas ciudad, que estoy hasta el moño de tirar de la bombona. Menos mal que ya me he aclarado la cabeza y parte del cuerpo. Un pequeño esfuerzo y ¡hala! agua fría en las piernas, que dicen que es bueno para la circulación de la sangre. No sé quién dijo el otro día que antes nadie se bañaba y todo el mundo olía a sudor y a otras cosas, pero supongo que no lo notarían. Como esos amigos de Manu que viven al lado de la papelera y no la huelen.



¿Qué hago, me depilo o no? Mejor lo dejo para otro día. Total, un pelo de más o de menos... Además, siempre voy con pantalones y no se ven. ¿Y si me atropella una bici al salir del supermercado y me tienen que llevar al hospital? Habría que ver la cara de las enfermeras cuando descubrieran las melenas de mis piernas. Oye, pues mira, en algunos países opinan que el vello es bello y las mujeres ni siquiera se depilan los sobacos. Claro que en otros se depilan hasta... eso. No me sentí nada cómoda cuando me lo depilaron las veces que fui a dar a luz: cuatro partos, cuatro depilaciones.

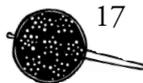


La verdad..., eso de que venga alguien y te rasure como si estuvieras en una barbería de hombres... De todas formas, como decía la abuela, lo importante es llevar siempre la ropa interior limpia y sin agujeros, que luego te pasa lo que a la tía Leo, que fue al hospital a por la ropa de la prima, que había tenido un accidente, y a poco se muere de la vergüenza al comprobar que las bragas eran de color azul tirando a gris, de ese color que se queda cuando se te cuele un calcetín negro entre la ropa blanca. Igual al de los calzoncillos de Manu que la vecina recogió de la cuerda un día de lluvia. Desde entonces siempre cuelgo en el baño

la ropa de color «incierto», pero ¡habrá que oír los comentarios de esa chismosa! Seguro que todavía se acuerda.

Voy a estrenar el conjunto suje-braga que compré en esa tienda de ropa interior que han abierto aquí al lado. Nunca he sido fetichista, donde esté una buena braga de algodón que se quiten las puntillas, que luego hay que almidonar, pero me gustó este color granate vino Burdeos. De vez en cuando no está mal hacer una pequeña locura. A ver el sujetador... Tenía que habérmelo probado antes de comprarlo..., ¡y eso que cogí la talla más grande! Bueno, los pechos quedan un poco prietos; parezco la chica ésa que corre por la playa y se dedica a hacer el boca a boca a los ahogados. Dicen que a los hombres les gustan los pechos grandes, pero cuanto más grandes, más abajo caerán, pienso yo. Todo se cae con el tiempo.

Algunas se los operan para aumentar su tamaño, ¡vaya ganas! No digo que no te operes cuando es necesario, cuando hay una malformación, una secuela de enfermedad o una quemadura grave, pero, al parecer, eso de las operaciones estéticas es una industria que genera miles de millones de beneficios anuales y es una práctica que se ha convertido en usual. Que no me gusta la nariz, me la opero; que no me gustan los



labios, me los opero; que tengo arrugas, me las quito; que me cae la papada, me la estiro... No sé, eso de entrar alegremente en un quirófano para que me quiten de aquí, me pongan de allí, me estiren o me encojan, me da repeluznos. Y, de todos modos, aunque te arreglen algunas cosas, ¿qué pasa con el resto? Los brazos, los muslos, el culo... Y si te quitan la piel que te sobra, ¿qué ocurre cuando vuelves a engordar?, ¿la piel se estira porque es elástica o explota como un globo hinchado?



Y luego te pasa como a aquella mujer del barrio que dio tanto que hablar, la que no estaba conforme con su nariz, se fue a operar y se quedó en la mesa de operaciones sin enterarse. O como a la del primero A,



que fue a quitarse una verruga en la mejilla y le dejaron una cicatriz que parece una versión renovada de la marca del Zorro y anda diciendo por ahí que le saltó el aceite de la sartén. O como le ha ocurrido a una escritora de éxito que venía por el periódico, que fue a arreglarse el cuello, no pudo soportar la anestesia y

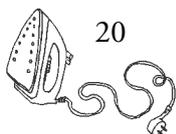
murió de un ataque al corazón en la mesa de operaciones. No merece la pena arriesgar la vida por un quítame de ahí esas arrugas o un estiramiento. Cuando la papada me caiga flácida, la estiraré y la pegaré en el cogote con un esparadrapo como hacen las «estarletes» viejas, o me pondré una tirilla de terciopelo en el cuello, como la de la tía Elvira, que bien elegante que estaba. Lo mismo la pongo de moda.

¡Nada! Que el suje me aprieta y no me deja respirar. ¡Qué martirio! Y, además, en vez de favorecerme, me hace pechugona con ese canalillo de dos metros que se me ve..., aunque Maite dice que a los hombres los vuelve locos. Manu nunca me ha dicho nada al respecto, claro que mis pechos no son nada del otro mundo, son normalitos y mejor así. Tiene que ser muy molesto cargar con tanto peso. Y si tienes que echar a correr detrás del autobús, fatal; *plof-plof*, arriba y abajo. ¡Y no te digo nada si te apuntas a un curso de éstos de gimnasia que organiza el ayuntamiento en el polideportivo y te pones un chándal!

Algo así debe de pasarle a la rubia que estaba con nuestros amigos el otro día en el *Harakiri*, y que ha dejado de ser una jovencita hace ya algunos años, aunque ella, al parecer, no se ha enterado. Ésa sí que enseñaba el canalillo y el canalón, porque a los tontos de

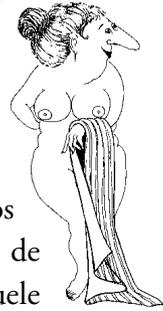


los hombres podrá darles el pego, pero lo que es a mí no me lo da ni aunque me quite las gafas. Treinta años o por ahí, me dijo Manu que tenía. ¡Ja! ¡Los primeros! Más bien cuarenta y muchos a pesar de la melenaza rubia camomila, los pómulos salientes operados, los labios moldeados, la dentadura perfecta de implantes de titanio, el cuello estirado y los pechos desbordantes que la blusa, tres tallas más pequeña, no podía controlar. No sé si le quedaba algo original de nacimiento... Era como esa actriz que, dicen, se le explotó una teta rellena de silicona, y a poco me entra la risa imaginando el espectáculo si, de pronto, la rubia empezaba a deshincharse. Algo debió de sospechar porque me dijo que yo no hacía más que hablar de mí, después de que ella nos había contado que su padre era un hombre muy conocido, que tenía un apartamento de cine, que odiaba a los perros no sé por qué razón, que había estado casada dos veces, que tenía novios para parar un tren y un montón de cosas más. Encima, puso por las nubes a un escritor que a los setenta había dejado a su mujer y se había casado con una muchísimo más joven. Se me ocurrió decir que «ése vive del cuento desde hace años» y me contestó que yo no tenía ni idea de literatura y que a ella, en cambio, la conocían en las mejores librerías de Madrid. En fin, que no había



«ángel» entre nosotras, pero, al menos, todo lo mío, lo que me falta y lo que me sobra, es natural.

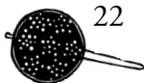
Definitivamente me quito esta monería de sujetador y me pongo este otro. A ver si me animo un día de éstos y le acortó los tirantes, que ya está bien de llevarlos con un nudo. La braga, ni siquiera me la voy a probar. No es un tanga, pero, por el tamaño que tiene, a mí me va a quedar como si lo fuera. No sé en qué estaría pensando cuando lo compré. La verdad, andar por ahí con las nalgas al paio no me parece nada cómodo, aunque Maite dice que los tangas son estupendos, que le hacen sentirse más joven y sexy. Es cierto que está más delgada que yo, pero cumplimos los mismos años casi a la vez y aún tiene ganas de folclores... «Es bueno para la autoestima», suele afirmar, pero yo creo que lo que le pasa es que no se resigna a envejecer. ¡Como si el asunto tuviera remedio!



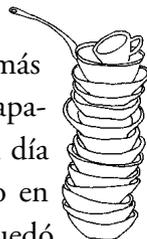
La pobre quiere encontrar de nuevo el amor después del susto que se llevó cuando Pepe se fue con una moza veinte años más joven que ella. Ya le dije yo cuando ocurrió aquello: «Pues, hija, tampoco te pierdes nada si Pepe es tan idiota como para dejarse engatusar por lo que antes se llamaba una “pelandusca”, es decir, una mujer joven de buen aspecto y

pocos posibles que ve resueltos sus problemas económicos metiéndose en la cama de un hombre maduro, por no decir de un vejestorio». Pero ella erre que erre, que su Pepe no era ningún vejestorio, que ella lo quería, que se iba a morir del disgusto... ¡Ni que fuera Sean Connery o Paul Newman, que, dicho sea de paso, han envejecido que da gusto verlos! También le conté lo que le ocurrió a un amigo de mi familia que, pasados los sesenta de edad, se lió con su secretaria, con tan mala fortuna que su propio hijo lo encontró en el diván del despacho en plena faena y fue a contárselo a su madre. Aita lo disculpaba diciendo que a lo mejor él se había enamorado, pero ama, mucho más práctica, contestaba que él tal vez sí, pero que ella, desde luego, no. Y, en efecto, la secretaria tenía novio y pensaban casarse y amueblar el piso con los «extras». Maite tampoco se consoló cuando le repetí lo que solía decir mi abuela en plan filosófico: «Si el marido te engaña, que no te enteres; y si te enteras, que no te importe».

¿Qué decía aquel artículo que leí la semana pasada sobre los beneficios que proporciona una buena actividad sexual? Algo así como que previene el infarto, combate la depresión, mejora la celulitis y ayuda a rejuvenecer. ¡Vamos! La piedra filosofal ésa que ha buscado la humanidad desde hace siglos. Mucha imagina-



ción es lo que hay en el mundo o la gente que contesta en las encuestas miente más que Pinocho. Como aquel que tenía un apañío extramatrimonial con una mujer y un día le dio un infarto en el mismo momento en que demostraba su potencia viril y se quedó seco. ¡Caray con los beneficios de la jodienda! Encima, sería de ver el espectáculo cuando llegó la policía, alertada por los vecinos que escucharon unos gritos aterrorizados pidiendo auxilio, y se encontró con que el infartado seguía dentro de la mujer, quien, para entonces, estaba a punto de sufrir un ataque al corazón y no precisamente por las mismas razones que el finado.



No sé qué les pasa a los hombres que peinan canas y se echan una amante o una esposa veinte o treinta años más joven. Da la impresión de que han perdido la experiencia y la sabiduría que dan los años. Me imagino a un señor maduro con la cartera repleta –porque los de cartera vacía lo tienen más crudo– que se ve obligado a pasar un examen de próstata todos los años, cuyos hijos han crecido y lo llaman «abuelo» en plan cariñoso, aunque a él maldita la gracia que le hace, y a quien se le acerca una veinteañera estupenda y, al tiempo que agita su melena cobriza, le confiesa lo atractivo que lo encuentra, que a ella los jóvenes no le interesan,

que donde esté la experiencia que se quite todo lo demás... ¡Y no digamos nada si el interpelado, además de la cartera repleta, tiene fama como escritor, pintor, actor o músico! ¿Cómo podrá resistir la tentación de cambiar a su compañera de toda la vida que lo conoce mejor que nadie, un espejo de sí mismo cada vez que la mira, por una joven de piel tersa y promesas de placeres sin fin? Y ahí van tan orgullosos del bracete con



mujeres que podrían ser sus hijas o, incluso, sus nietas, jóvenes y «enamoradas» esposas que aguantan al viejo unos años y se quedan después con todo. Unas venden sus cuerpos por cuatro duros en un antro de mala muerte para poder comer y otras lo hacen por un chalé en la Costa del Sol, que en esto, como en todo, también hay clases.

Menos mal que mi Manu es inmune a los halagos, digo... ¿Y qué haría yo si un día se me planta delante y me dice que ha decidido rehacer su vida con otra? Una buena faena sería hacer como aquella que le dijo a su marido que le parecía muy bien y que, de paso, se llevara a los seis hijos que tenían porque ella no pensaba hacerse cargo de ellos. El tipo enseguida cambió de opinión. Claro que los míos ya son demasiado mayores y me dirían que a ver

si estoy de coña. No sé... Lo más seguro es que le desearía felices pascuas y le recordaría que no se olvidase de pasarme la mitad del sueldo. Total, si no puedes tener confianza en el hombre que duerme a tu lado, mejor cambiar de cama. Bueno, que cambie él, porque servidora ya está hecha al jergón y no es cuestión de probar otros.

Le regalaré el suje y la braga a Mirari y ya buscaré otros en un gran almacén porque en esas tiendas, que aparecen y desaparecen como los champiñones, no se enteran de que la gran mayoría de las mujeres maduras tiramos a rellenitas.



¡Qué manía tienen algunos de vender tallas pequeñas cuando muchas mujeres hechas y derechas tiramos de la cuarenta y ocho hacia arriba! Algún día montaré un negocio de ropa para talluditas, ¡se van a enterar algunos de lo que es moda y poder adquisitivo! Ya me miró la dependienta con cara de duda cuando me cobró, pero al menos no dijo aquello de «Aquí no hay nada de su talla» que me soltó una flacucha nada más entrar en una boutique de la Gran Vía para comprarle algo a Mirari por su cumpleaños. ¿Y ella qué sabía para





quién quería yo la ropa? Aunque ya me desquité cuando le llené el mostrador de minifaldas, mininiquis, minipantalones, miniblusas, minijerséis de esos que dejan el ombligo al aire y que, la verdad, no entiendo cómo les gustan a las jovencitas, porque si se compran un jersey es porque hace frío, y si hace frío, ¿no cogerán un resfriado si van con el estómago al descubierto? Cuando me dijo lo que debía, una barbaridad, le contesté que ya me lo pensaría porque a lo mejor ella tenía razón y las prendas no eran de mi talla. La dejé con las ganas de hacer caja. ¡Otro día se andará con más cuidado a la hora de dirigirse a las clientas!

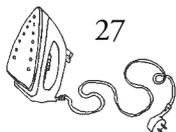
Desechado el conjunto interior, no merece la pena que me esfuerce y, además, no espero visitas a estas horas. Un pantalón flojo, un jersey viejo y unas playeras, y me voy a tomar el café antes de que me dé el flato.

¡Vaya! De nada vale que les diga a los «huéspedes» que, por lo menos, dejen el plato y la taza en el fregadero. Ni siquiera les pido que frieguen lo que usan, pero ¡ni por éstas! Migas, servilletas de papel usadas, cucharillas pringando el mantel de plástico... Tranquila, Paqui, que es tu cumpleaños, no te acalores. Ahora

mismo recojo esto, limpio el mantel y saco el juego de té de porcelana que nos regalaron por la boda y hemos usado tres veces en treinta años, una vez por década. Voy a prepararme un desayuno «a la inglesa». En vez del café con leche en vaso de Duralex, hoy voy a tomar un té con tostadas y mermelada, y mantequilla.

A ver, que mire la tabla de calorías que tengo pegada en la puerta del frigorífico... Mmm... ¿Y qué más da una caloría de más o de menos a estas alturas si luego me ceno los macarrones que han sobrado de la comida porque es una inmoralidad tirar los restos a la basura? Como dice ama: «Las gorduras cuando se llevan con humor son parte de la gracia de la persona». A fin de cuentas, cada cual es como es y no voy a ponerme ahora a pensar en grasas, colesterol y otras mandangas parecidas porque no entiendo nada de eso.

¿Cómo se llamaba aquella chica que puso de moda hace treinta o cuarenta años los esqueletos andantes? ¿Twiggy? ¿Twoggy? No tenía nada que ver con las Venus de pechos y vientres desbordantes y fértiles, representaciones de las diosas madres, ni con los muslos torneados y anchas caderas de los desnudos renacentistas, las Gracias de Rubens, cuerpos generosos de mujeres satisfechas y seguras de sí mismas, y no digamos con Botero, artista de redondeces eróticas, evocadoras de placeres



poco ortodoxos, ¿verdad, gordita? Me encanta esta postal de Botero que mandé enmarcar para sentirme esbelta como una modelo escuchimizada. Que se quiten los complejos donde estén los gordos que se aceptan como son, tolerantes, bondadosos, irónicos, llenos de humor y de risa pronta; que hacen bromas sobre sus kilos y se pasan la vida asegurando que mañana comienzan un régimen mientras se zampan un par de huevos



fritos con chorizo. Además, ¿qué se puede hacer contra la naturaleza? Ahí tienes a Manu, que es el invitado ideal, el que repite y deja el plato como sin usar y, encima, después de cenar se come un plátano acompañado de un pedazo de pan, y bien delgado que está. A mí, sin embargo, ¡hasta los efluvios del puchero me engordan!

Aunque sí que es verdad que me da algo de rabia ponerme el pantalón que me compré el año pasado y que está casi nuevo y tener que ir con el estómago metido todo el día hasta que me lo quito, que no veas el alivio que siento. ¿Cuándo fue la última vez que me lo puse? Hace un par de meses, en la boda de la sobrina de Manu. Tampoco era cuestión de ir a una boda con uno de éstos con cintura elástica que son mucho más cómodos aunque sean menos elegantes. Y a pesar de todo, ya me

dijo la pelma de mi cuñada eso tan agradable que acostumbra: «Has engordado, ¿verdad?». Me dieron unas ganas de decirle que se metiera en sus asuntos, que yo estaría más gorda, pero que ella estaba cada día más fea y más curruca. No lo hice y sonreí. Luego me pasé el resto del día mirándome en la vitrina de los escaparates y jurando que iba a seguir la dieta del pomelo, o la del puré de verduras, o la del zumo de limón antes de las comidas. Pero he seguido comiéndome los restos.

En aquella revista que leí hace unas semanas en la peluquería ponía que hacer el amor supone un desgaste de 100 a 150 calorías; lo equivalente a una caminata de veinte minutos. No aclaraban cuánto ha de durar el acto para llegar a quemar dichas calorías y si el beneficio es igual para el activo que para el pasivo. Por otra parte, 100 calorías son una miseria. Aquí lo pone bien claro: 100 gramos de macarrones igual a 349 calorías, no sé si con tomate y chorizo o sin ambos, no lo pone en esta tabla; lo mismo de arroz blanco cocido, 105 calorías; lo mismo de sopa de pollo, 259 calorías. ¡Por no hablar de los embutidos, aceitunas, queso y otras maravillas del paladar! Así que una hace el amor y piensa que se ha quitado unas grasas de encima, luego le entra el hambre, se come los restos y ¡hala!, recupera lo perdido y lo aumenta. Además, para seguir semejante «dieta sexual» hablaría

que ejercitarse varias veces al día y, bueno, imagino que yo sí podría, pero Manu... ¡Él sí que se iba a quedar en los huesos!



Mientras se tuesta el pan, voy a untarme bien la cara con la crema de ama. Es una suerte tener una madre que la surte a una con una crema hidratante que sale por un par de duros, hecha en la cocina de casa y que es mano de santa para las manchas y la sequedad de la piel, y también para las quemaduras. Nada de nombres raros, de placentas, de baños en leche de burra y cosas por el estilo. Es la misma crema que utilizaba la abuela, y la abuela de la abuela; receta de herboleras medievales. Un día de éstos tengo que probar a hacerla yo... ¿Dónde está? Ah, aquí, metida en el tarro.

• Aceite de oliva virgen • cera de abeja virgen •  
hojas de saúco y romero.

Se pone a calentar el aceite con las hierbas y cuando está caliente, se le añade la cera. Se deja un rato, revolviendo de vez en cuando, hasta que esté la cera bien derretida, se cuela con una gasa y se vierte en los tarritos para que se enfríe.

